Fr. Antonio Royo Martín O. P.

LA PASION DEL SEÑOR
O
Las Siete Palabras de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz

Tercera edición
2012

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

INDICE

Al lector 3
Introducción 5
Primera palabra: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» 15
Segunda palabra: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» 27
Tercera palabra: «Mujer, ahí tienes a tu hijo... ahí tienes a tu Madre» 43
Cuarta palabra: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? 57
Quinta palabra: «Tengo sed» 69
Sexta palabra: «Todo se ha consumado; todo está cumplido» 80
Séptima palabra: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu» 88

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Depósito legal: M. 2.871-2012
ISBN: 978-84-7770-390-7

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

AL LECTOR

Las páginas siguientes contienen el texto íntegro del sermón de las Siete Palabras —recogido en cinta magnetofónica— que pronunció el autor en la Iglesia Parroquial de San José, de Madrid, en la noche del Viernes Santo. 30 de marzo de 1956, y que fue retransmitido por Radio Nacional de España en conexión con otras emisoras españolas.

Solamente se han introducido ligeros retoques de forma, para adaptarlo a una publicación escrita; pero conservando íntegramente el contenido doctrinal y hasta el estilo intuitivo y directo del género oratorio moderno. Se ha respetado incluso alguna alusión circunstancial, que era de palpitante actualidad en el momento de pronunciar el sermón.

LAS SIETE PALABRAS

INTRODUCCION

¡Viernes Santo!... ¡Sermón de las Siete Palabras...!

En tal día como hoy, el más grande de los oradores sagrados que ha conocido España, Fr. Luis de Granada, subió al púlpito para explicar al pueblo cristiano los dolores inefables del Redentor del mundo clavado en la cruz. Comenzó su discurso con estas palabras: «Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan». Y no dijo más. Una emoción indescriptible se apoderó de todo su ser; sintió que la voz se le anudaba en la garganta, estalló en un sollozo inmenmso... y con el rostro bañado en lágrimas hubo de bajarse del púlpito sin acertar a decir una sola palabra más.

Ningún otro sermón de cuantos pronunció en su vida causó, sin embargo, una impresión tan profunda en su auditorio. Todos rompieron a llorar, y, golpeando sus pechos, pidieron a Dios, a gritos, el perdón de sus pecados.

No exageraron. ¡No exageraron! porque es preciso tener el corazón muy duro o muy amortiguada la fe para no conmoverse profundamente ante el solo anuncio del sermón de los dolores que Nuestro Señor Jesucristo padeció por nosotros en la cruz.

¡Viernes Santo! ¡Sermón de las Siete Palabras!...

Contemplemos rápidamente, en sintética mirada retrospectiva, los acontecimientos que precedieron a la crucifixión.

* * *

Jerusalén. Jueves Santo de la primera Pascua cristiana. Alrededor de las siete de la tarde. Jesucristo, que había amado apasionadamente a los suyos, en la víspera de su muerte los amó hasta el fin, hasta no poder más: «Hijitos míos: un nuevo mandamiento os doy. Que os améis los unos a los otros como yo os he amado». Y volviéndose loco de amor cogió un trozo de pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed, porque esto es mi Cuerpo». Y en seguida: «Bebed todos de este cáliz: porque esta es mi Sangre que será derramada por la salvación del mundo». Y cuando San Juan, aquel jovencito que se sentía amado por su Maestro con particular predilección, hubo tomado aquel bocado divino y aplicado sus labios sedientos al cáliz-de vida eterna, sintió que sus fuerzas desfallecían por momentos y reclinó suavemente su cabeza sobre el pecho de su divino Maestro para descansar en Él su éxtasis de amor...

Ha terminado la Cena. Salen a la calle. La luz plateada de la luna —el Jueves Santo coincide siempre con el plenilunio del mes de Nisán— ilumina suavemente las callejuelas de Jersalén. Pasan junto al templo. Descienden por el camino escalonado hasta el torrente Cedrón, cruzan el

puentecillo y llegan a la entrada del huerto de Getsemaní.

Jesucristo recomienda a sus opóstoles que permanezcan en oración a la entrada del huerto. Y tomando aparte a Pedro, Santiago y Juan se interna entre los olivos al mismo tiempo que exclama: «¡Me muero de tristeza, siento una tristeza mortal!».

Y arrancándose todavía de los tres como a la distancia de un tiro de piedra, cae de rodillas. Y primera, segunda y tercera oración: «Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad». Y cuando primera, segunda y tercera vez escucha en el fondo de su alma la orden terminante de su Padre que le manda subir a la cruz, Jesucristo se desploma ensangrentado: «Vínole un sudor como de gotas de sangre que corrían hasta el suelo...».

Instantes después se presenta Judas acompañado de una turba de soldados: «Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?».

Y Pedro desenvaina su espada y Cristo le impide defenderle...

Y atadas las manos, como a un vulgar malhechor, es conducido a empujones hasta el palacio del Sumo Pontífice Caifás, no sin antes comparecer un momento ante su suegro Anás, que le había precedido en la suprema magistratura de la Sinagoga.

* * *

Y comienza la burda parodia del proceso religioso: «Este ha dicho que puede destruir el templo y reconstruirlo en tres días». No concuerdan los testimonios. La situación se hace embarazosa...

De pronto el Sumo Pontífice toma una resolución definitiva. Poniéndose majestuosamente de pie, con toda la pompa y solemnidad que correspondía al Jefe supremo del Sanedrín, interroga autoritativamente al detenido: «Por el Dios vivo te conjuro que nos digas de una vez claramente si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». Y Jesucristo le responde sin vacilar: «Tú lo has dicho: Yo soy. Y os digo, además, que un día veréis al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad».

«¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos de nuevos testimonios? ¿Qué os parece?». «¡Reo es de muerte!». Y a empujones y bofetadas le encierran en un calabozo hasta la mañana siguiente en que le presentarán al Procurador romano para exigirle la sentencia capital que merece como blasfemo.

* * *

Mientras tanto, Pedro niega tres ves a su Maestro, acobardado ante una mujerzuela y un grupo de soldados que se calienta junto al fuego...

* * *

¿Dónde pasó la noche del Jueves Santo Judas el traidor? No lo dice el Evangelio. Pero sin duda

que no pudo conciliar el sueño un solo instante. Corroída su conciencia por los remordimientos, al apuntar el día se presentó en el templo ante los príncipes de los sacerdotes. Le quemaban el alma aquellas treinta monedas que eran el precio de su vil traición. «¡Devolvedme al Justo! He entregado sangre inocente». Y al instante, la carcajada sarcástica de los sanedritas: «¿Y a nosotros qué? ¡Allá te las hayas! ¡Vete de aquí, miserable! No queremos nada contigo».

Y fue y se ahorcó.

¡Cuántos Judas hoy como ayer! Después de la traición, el desprecio, la desesperación y el suicidio: «que el traidor no es menester —siendo la traición pasada».

* * *

Ha ido amaneciendo lentamente. A primera hora de la mañana Jesucristo es conducido, maniatado, ante el Procurador romano. Y lanzan ante él la primera calumnia:

«Aquí tienes a un agitador que perturba a la nación y prohíbe pagar los tributos al César, constituyéndose en Mesías y rey de los judíos».

Le interroga Pilatos. Nada malo descubre en Él. Los sanedritas insisten enfurecidos: «¡Desde Galilea hasta Judea tiene revolucionado a todo el pueblo!».

Ha sonado una palabra nueva: Galilea. Pilatos pregunta si aquel hombre es galileo. Y al conocer que pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo envía al instante, gozoso de encontrar un me-

dio de desembarazarse de aquel asunto tan desagradable.

Pero Jesucristo, que ha respondido lleno de serena dignidad a las preguntas del Procurador romano, no se digna abrir los labios divinos ante el infame Herodes, que, entre otros crímenes repugnantes que pesaban sobre su conciencia, había mandado degollar a Juan el Bautista en una noche de crápula, de orgía y de pecado. Y cubierto de una vestidura blanca, en calidad de loco, Herodes devuelve el preso a Pilatos, reconciliándose con él, pues estaban disgustados entre sí.

Él Procurador romano le interroga de nuevo. Recibe un mensaje de su mujer recomendándole que no se meta con aquel justo, pues ha padecido mucho en sueños por causa de él. Pero la chusma sigue gritando, azuzada por los jefes de la Sinagoga.

Ya no sabe qué hacer. De pronto se le ocurre una idea luminosa: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o Jesús llamado Cristo?». Y el representante de Roma escucha estupefacto el griterío del pueblo: «¡Suelta a Barrabás!». «¿Pues qué he de hacer con Jesús, el titulado rey de los judíos?». «¡¡Crucifícale, crucifícale!!...».

Pilatos hace todavía un esfuerzo supremo para salvarle, a costa de una medida injusta y brutal: «Le castigaré y le pondré después en libertad». ¡Le declara inocente y ordena castigarle!...

Y viene el tormento espantoso de la flagelación. No emplearon con Él la *verga* —que era el azote más suave reservado a los ciudadanos ro-

manos—, sino el horrible *flagelo* formado con largas tiras de cuero, llenas de bolitas de plomo y huesos de animales. Y Cristo, desnudo, atadas sus manos a una columna muy baja para que presentara cómodamente a los verdugos su espalda encorvada, recibe aquella tremenda tempestad de azotes... Carne amoratada, que se vuelve muy pronto rojiza; la piel que salta hecha pedazos y la divina víctima que queda cubierta de sangre... ¡Tenía que expiar en su carne purísima la lujuria desenfrenada de toda la humanidad pecadora!...

Pero era preciso llevar hasta el colmo la burla y el escarnio. ¡Van a coronarle Rey de los judíos! Y las espinas rasgan su cabeza, no en forma circular o de guirnalda, sino a modo de casco, capacete o celada que la cubría y atormentaba por entero. Y la vestidura regia, y el cetro de caña en las manos, y las burlas y blasfemias del populacho...

Jesucristo quedó hecho una lástima. Inspiraba compasión. Al contemplarle Pilatos en aquella forma lo presenta al pueblo para ver si le queda todavía un poco de corazón: «¡Ecce homo!».

Y la chusma asalvajada, como una fiera instigada por la fusta del domador, lanza de nuevo, más estentóreo que nunca, el grito de su reprobación definitiva: ¡¡Crucifícale, crucifícale!!...

¡Pobre pueblo judío! Cinco días antes, el domingo de Ramos, había aclamado frenéticamente a Cristo en su entrada triunfal en Jerusalén: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!». Y ahora reclama a gri-

tos su muerte. La historia se repite todavía. El populacho grita siempre ¡viva! o ¡muera! al dictado caprichoso de los jefes que le manejan y engañan.

Y Pilatos, el político cobarde, símbolo de la debilidad en el ejercicio de un poder que no era digno de administrar, se lavó las manos en vez de lavarse la conciencia y entregó a la ferocidad de los judíos al divino preso para ser crucificado.

* * *

«Y llevando sobre sus hombros su propia cruz, salió hacia la colina del Calvario».

* * *

Mientras tanto, en un rincón de Jerusalén ocurría una escena impresionante. San Juan, el discípulo amado, lo había presenciado todo. Y cuando oyó la sentencia final y vio a su divino Maestro cargado con la cruz, se creyó en el deber de comunicárselo a la Madre de Jesús. Y corrió hacia Ella. No se daba cuenta de que estaba siendo en aquellos momentos instrumento de la voluntad del Padre. María tenía que presenciar la crucifixión de su divino Hijo en calidad de Corredentora de la humanidad. Y San Juan, en medio de un sollozo inmenso, le da la terrible noticia: «¡Señora!... ¡condenado a muerte!». Debió lanzar María un grito desgarrador y acompañada del discípulo virgen se echó a la calle en busca de su divino Hijo. Y, de pronto, al doblar de una

esquina... ¡Oh Virgen de los Dolores, qué caro te costamos!... Renuncio, señores, a describir la escena.

Y Jesucristo se cae con la cruz a cuestas. Se ve claramente que no podrá llegar al Calvario. Un hombre que regresa del campo es requerido para que le ayude. «¿Yo?, ¿por qué?, ¿qué tengo yo que ver con éste?». Y como se resiste a cumplir la orden, le agarran por el cuello y...: «¡Coge la cruz, si no quieres que te clavemos en ella a ti también!». Y a pesar de cogerla a regañadientes, Jesucristo le mira agradecido. Y se lo pagará espléndidamente. Aquel hombre —dice San Marcos— era Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, dos excelentes cristianos de la Iglesia primitiva que aparecen en las epístolas de San Pablo. Un momento de vergüenza y de dolor llevando la cruz del Maestro... ¡y la fe cristiana y la felicidad eterna de toda su familia! Espléndida recompensa la de Jesucristo, a los que le ayudan a llevar su cruz.

* * *

Han llegado a la cumbre del Calvario. Jesucristo tiene que pasar por la inmensa vergüenza de la desnudez total. ¡Tenía que reparar la inmensa desvergüenza de los que, llamándose cristianos, se desnudan sin rubor en las playas y en las calles de nuestras ciudades!

Le ofrecen un calmante para atontarle: vino mirrado con hiel. Jesucristo, fino y agradecido, lo prueba un poquito, pero no quiere beberlo. Lo

dice expresamente el Evangelio. Quiere apurar hasta las heces el cáliz del dolor.

«¡Echate sobre el madero!», le dicen brutalmente los soldados. Y, obediente hasta la muerte, Jesucristo se tiende con los brazos extendidos sobre la cruz. Y al instante el primer clavo, de un golpe seco, cose su mano derecha al madero de nuestra redención.

Señores: en la Iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, se conserva uno de los clavos auténticos de la cruz de Nuestro Señor. Es imposible contemplarlo sin un estremecimiento de horror. No es un clavo liso, pulimentado; es un clavo de forja, cuadrilátero, desigual, con aristas y rugosidades. Estremece pensar el desgarro que aquel clavo debió causar en la carne divina de Jesús.

Debió retorcerse de dolor la divina Víctima (¿Te dolió mucho, Señor? ¡Yo te clavé ese clavo con mis pecados!). Pero los soldados continuaron su tarea impertérritos. Unos cuantos golpes más... y las manos y los pies quedan fuertemente sujetas al madero.

¡Arriba la cruz, para que todo el mundo la contemple! Y al dejarla caer de golpe sobre el agujero preparado de antemano para recibirla, debió lanzar un gemido de dolor, que sólo María recogió en su corazón y que se perdió en un clamoreo de blasfemias y de burlas.

¡Ya está levantado sobre el mundo el primer Crucifijo! ¡Ya está la augusta Víctima en lo alto de la cruz!

¡Cristianos! Caigamos de rodillas ante Él, gol-

peemos nuestro pecho y dispongámonos a oír su sublime, su divino, su maravilloso sermón de las Siete Palabras.

PRIMERA PALABRA

«PADRE, PERDONALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN» (LC. 23, 34)

Acababan de levantar en alto a Jesucristo clavado en la cruz. Y precisamente entonces: cuando se levantó aquel clamoreo de blasfemias y de insultos; cuando los silbidos del pueblo se mezclaron con las risotadas de los escribas y fariseos; cuando saboreando su triunfo lanzaron sus enemigos su reto definitivo: «¿Pues no eres tú el Hijo de Dios? Ahora tienes la ocasión de demostrárnoslo. ¡Baja de la cruz y entonces creeremos en ti y caeremos de rodillas a tus pies!» Y dirigiéndose a la chusma añadirían sin duda: «¿Veis cómo teníamos razón? ¡Véis cómo no era más que un hechicero y embaucador?».

Y precisamente entonces: cuando Jesucristo hubiera podido ordenar a la tierra que se abriera y hundir para siempre en el infierno a aquellos energúmenos, precisamente entonces, «Jesús decía: Padre, perdónalos que no saben lo que hacen».

Decía. Así leemos en el Evangelio de San Lucas, único que recoge esta primera palabra de Cristo en la cruz. *«Iesus autem dicebat...»*. No lo dijo una sola vez. Lo repitió varias veces: *decía.*

«¡Padre»!

¡Qué palabra en boca de un hijo moribundo! ¿Os acordáis? Cuando vuestro hijo se moría en la flor de su juventud; cuando mirándoos con ternura con aquellos ojos lánguidos y casi inexpresivos os dijo por última vez: «¡Padre, madre!...» ¡Cómo se os clavó en el alma esta palabra!

Al reo condenado a muerte no se le niegga nada en la última hora. A un hijo que va a morir... ¿qué se le podrá negar?

Jesucristo quiere conmover a su Eterno Padre. Y dirigiéndose a Él le dice con inefable ternura:

«Padre, *perdónalos*».

Jesucristo les reconoce culpables. Si no lo fueron no pediría perdón por ellos.

El mundo no conocía el perdón. «Sé implacable con tus enemigos», decían los romanos. El perdón era una cobardía: «Ojo por ojo y diente por diente». Era la ley del talión que todo el mundo practicaba.

Y sin embargo el perdón es el amor en su máxima tensión. Es fácil amar; es heroico perdonar.

Pero hay un heroísmo superior todavía al mismo perdón.

Escuchad.

«*Que no saben lo que hacen*».

Jesucristo: eres la verdad eterna. Se lo dijiste anoche a tus discípulos: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Eres la verdad infinita y eterna. Tenemos que creer lo que nos dices. Pero ¡qué difícil de entender nos resulta, Señor, lo que acabas de decir!

¿Que no saben lo que hacen?

¡Pero si en aquella mañana de primavera, cuando te presentaste delante de Juan el Bautista y te bautizó en el río Jordán se abrieron los cielos sobre ti y apareció el Espíritu Santo en forma de paloma y el pueblo entero oyó la voz augusta de tu Eterno Padre, que decía: «Este es mi Hijo muy amado en el que tengo puestas todas mis complacencias. Escuchadle».

¿Que no saben lo que hacen?

¡Pero si te han visto caminar sobre el mar como sobre una alfombra azul festoneada de espumas!

¿Que no saben lo que hacen?

¡Pero si fueron cinco mil hombres, sin contar las mujeres ni los niños, los que alimentaste en el desierto con unos pocos panes y peces que se multiplicaban milagrosamente entre tus manos!

¿Que no saben lo que hacen?

¡Pero si hasta tus discípulos se estremecieron de espanto cuando te pusiste de pie en la barca, azotada por furiosa tempestad e increpando al viento y a las olas pronunciaste una sola palabra: ¡Calla!... y al instante el mar alborotado se transformó en un lago tranquilo, suavemente acariciado por la brisa!

¿Que no saben lo que hacen?

¡Pero si en todas las aldeas y ciudades de Galilea, de Samaria y de Judea has devuelto la vista a los ciegos y el oído a los sordos y el movimiento a los paralíticos, delante de todo el pueblo que te aclamaba y quería proclamarte rey!

¿Que no saben lo que hacen?

¡Pero si en medio de ellos están aquellos diez leprosos —carne cancerosa, bacilo de Hansen...— y una sola palabra tuya: «¡Quiero, sed limpios!» bastó para transformar su carne podrida en la fresca y sonrosada de un niño que acaba de nacer!

¿Que no saben lo que hacen?

¡Pero si la muerte te devolvía sin resistencia sus presas! ¡Si te han visto resucitar a la hija de Jairo, todavía en su lecho de muerte, y al hijo de la viuda de Naím cuando le llevaban al cementerio! Y hace unos pocos días, a cinco kilómetros de Jerusalén, te acercaste al sepulcro de tu amigo Lázaro, que llevaba cuatro días enterrado y putrefacto. Y no invocando a Dios, sino con tu propia y exclusiva autoridad, le diste la orden soberana: «Lázaro, yo te lo mando, ¡sal fuera!», y como un muchacho obediente cuando se le da una orden, inmediatamente el cadáver corrompido se presenta delante de todos lleno de salud y de vida. ¡Y lo vieron los judíos, y lo vieron igualmente los príncipes de los sacerdotes, de tal manera que pensaron quitar también la vida a Lázaro, porque muchos creían en Ti por haberle resucitado de entre los muertos!

¿Cómo dices ahora que no saben lo que hacen?

¡Señor! Eres la suprema Verdad, tenemos que creer lo que nos dices, pero esto nos resulta muy difícil de entender.

¡Vaya si sabían lo que hacían! ¡Vaya si sabían lo que hacían!...

Anoche tuviste la osadía y el atrevimiento inaudito de decirle al príncipe de los sacerdotes que

eras el Hijo de Dios; pero mucho antes habías tenido la osadía y el atrevimiento infinitamente mayor de demostrarlo plenamente. Eres el Hijo de Dios: lo habías demostrado hasta la evidencia. ¿Cómo dices, Señor, que no saben lo que hacen?

Y sin embargo, tienes razón, Señor. En realidad, en el fondo, no sabían lo que hacían aquellos desgraciados. No sabían lo que hacían, como no lo sabemos tampoco nosotros.

Porque tened en cuenta que Nuestro Señor Jesucristo, con su ciencia infinita, ciencia de Dios para la cual no hay futuros, ni pretéritos, sino un presente siempre actual, delante de la cruz nos tuvo presente a cada uno de nosotros. Con tanto lujo de detalles, con tanta precisión en los matices como si no tuviese delante más que a uno solo de nosotros.

Y el Señor levantó su mirada al cielo y pidió perdón no sólo por aquellos escribas y fariseos, sino por cada uno de nosotros en particular: uno por uno, en particular. Teología, no afirmaciones gratuitas, señores, teología; con su ciencia infinita Jesucristo, en lo alto de la cru, nos tuvo presentes a cada uno de nosotros en particular. Pensó sin duda alguna en mí y pensó concretamente en ti cuando repetía muchas veces, según el Evangelio: «Padre, perdónalos que no saben lo que hacen».

No sabemos lo que hacemos, efectivamente.

¡Muchacho que me escuchas! Cuando te decides a pecar a costa del tesoro infinito de la gracia santificante; de esa gracia de Dios que es el

precio de tu entrada en el cielo, el billete indispensable para entrar en la gloria; de esa gracia santificante que según el príncipe de la teología católica, Santo Tomás de Aquino, en su más ínfima participación vale más y es infinitamente superior a toda la creación entera, incluyendo a los mismos ángeles; cuando haces entrega de ese tesoro divino, infinito, por un momento de sucio y bestial placer: ¡no sabes lo que haces!

Y tú, muchacha: la que te presentas elegantísimamente desnuda en aquella fiesta de noche. La que eres saludada y aclamada como reina de la fiesta en aquel ambiente de pecado... y ríes y gozas y te sientes feliz... ¡pobrecita!: ¡no sabes lo que haces!

Y aquel padre de familia que pisotea las leyes del matrimonio y tasa a su capricho la natalidad, que no se preocupa de la educación de sus hijos, que se dedica solamente a sus negocios lícitos o ilícitos: ¡no sabe lo que hace!

Y tantos y tantos otros como pudiéramos recordar recorriendo cada uno de los pecados en particular; cuando pecando nos apartamos de la ley de Dios, en realidad tenía razón Nuestro Señor Jesucristo: no sabemos lo que hacemos: *¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!*

Jesucristo no solamente *perdona*, no solamente *olvida*, lo que ya sería heroico; Jesucristo *excusa* y esto ya es el colmo del amor y del perdón. Busca una circunstancia atenuante, como hubiera buscado hasta una eximente total si pudiera encontrarla entre sus verdugos. No pudo encontrarla puesto que pide perdón, y para el

que es del todo inocente no se pide perdón. Les reconoció culpables. Pero ya que no podía encontrar la eximente total, al menos ofrece a su Eterno Padre una circunstancia atenuante: *porque no saben lo que hacen.*

Lección soberana dada por Nuestro Señor Jesucristo en lo alto de la cruz. Lección del perdón. Lección dura. A muchísima gente le resulta duro el sexto mandamiento, el séptimo, la honradez, la justicia social, etc., etc. ¡Ah!, pero sobre todo, ¡qué duro resulta perdonar!

Cuando se ha metido en lo hondo del corazón el odio y el espíritu de venganza; cuando en virtud de aquel pleito, de aquella herencia, de aquella discusión acalorada... la familia queda destrozada y el padre ya no se habla con el hijo, y los hermanos no se hablan entre sí... ¡por unas miserables pesetas que se estrellarán un poco más tarde sobre la losa del sepulcro!... Cuando se les ha metido el odio y el rencor en el alma, ¡qué difícil perdonar!... Por eso Nuestro Señor Jesucristo nos lo recordó en la cruz.

La doctrina del Evangelio, señores. Cristianismo íntegro. La doctrina del Evangelio.

¡Cuántas veces lo repitió Jesucristo a lo largo de su predicación! Enseñó la necesidad imprescindible de perdonar si queremos obtener para nosotros el perdón de Dios:

> »Amad a vuestros enemigos, orad por los que os persiguen y calumnian, devolved a todos bien por mal. Porque si sólo amáis a vuestros amigos, ¿qué recompen-

sa merecéis? ¿No hacen eso también los publicanos? Y si solamente saludáis a vuestros hermanos y amigos, ¿qué tiene eso de particular? Los mismos paganos lo hacen. Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

»Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia».

»Con la misma medida que midiéreis a los demás seréis vosotros medidos».

»Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Así como nosotros perdonamos... *de la misma manera,* ¡estás leyendo tu sentencia de condenación, tú que rezas el Padrenuestro sin querer perdonar!).

»Señor, ¿hasta cuántas veces tengo que perdonar?, ¿hasta siete veces. No. Sino hasta setenta veces siete», o sea, siempre que tu hermano te ofendiere, sin tope ni límite alguno.

»Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

Esta es la doctrina de Jesucristo: clara, terminante, ineludible. ¡Maravillosa doctrina que el mundo no estaba acostumbrado a oír!

¡Qué bien la entendieron, qué bien la llevaron a la práctica los grandes discípulos del Crucificado! Un San Esteban, el protomártir, que cuando le estaban apedreando ve que se le abren los cielos y lanza aquella sublime exclamación imi-

tando al divino Maestro: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado».

Y después de San Esteban, tantos y tantos millones de mártires como han dado testimonio de Cristo perdonando de todo corazón a sus verdugos.

Como aquel sacerdote de la gloriosa Cruzada Nacional, que cuando estaban a punto de fusilarle, dijo: «Esperad un momento, esperad un momento nada más. Concededme esta dicha suprema de poderos bendecir. Os bendigo con toda mi alma. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Como una Santa Juana de Chantal, que perdonó de tal manera al que mató a su marido, que llegó a ser madrina de bautismo de uno de sus hijos; acción heroica que estremeció al mismo San Francisco de Sales.

Como el hijo de Luis XVI, el rey católico de Francia, cuando cayó en manos de sus verdugos. Cuando el carnicero Simón le estaba atormentando y le decía con sádico sarcasmo: «Dime, muchacho, dime: si llegases algún día a ocupar el trono de Francia, tú que eres el príncipe heredero, y me tuvieses en tus manos, ¿qué me harías, qué me harías si me tuvieses en tus manos?». Y aquel muchacho, educado cristianamente por sus padres, le contestó sin vacilar: «Te perdonaría de todo corazón».

¡Ese es el perdón cristiano! ¡Esa es la palabra y el ejemplo de Cristo! ¡Qué bien lo saben imitar los verdaderos discípulos

de un Dios que en la cruz clavados
tiene ya por los pecados
de todos los pecadores
¡de tanto abrirlos de amores
los brazos descoyuntados!...

Hay que perdonar. Es muy duro, pero fíjate bien, tú que odias, tú que te niegas a perdonar. Viernes Santo. Escuchando las Siete Palabras de Nuestro Señor Jesucristo clavado en la cruz, la ley soberana del perdón. Tú que tienes un odio en el corazón. Tú que no quieres perdonar, fíjate bien. Mira, si esa persona que te ha ofendido a ti injustamente (voy a suponer que tienes tú toda la razón del mundo), si esa persona que te ha ofendido se arrepiente de su pecado y le pide perdón a Dios, se salvará aunque tú no le quieras perdonar. Le puede importar muy poco que tú le perdones o le dejes de perdonar. En cambio tú, que no le quieres perdonar (fíjate bien, no te eches tierra en los ojos para no ver estas cosas tan claras, fíjate bien), ¡te vas a condenar para toda la eternidad!

De manera que tratando de vengarte de tu enemigo, no te das cuenta de que en realidad te estás clavando una puñalada en tu propio corazón. ¡Quieres vengarte de tu enemigo y en realidad te estás vengando de ti! El se puede reír de tu ira e indignación. Si le pide perdón a Dios, va al cielo. En cambio si tú no le perdonas vas al infierno para toda la eternidad. ¿Cómo no ves que estás haciendo un mal negocio, que eres verdugo de ti mismo? Si no quieres perdonar, fíjate bien,

no soy yo, es Cristo quien lo dice: «Con la misma medida con que midiéreis a los demás, seréis medidos vosotros».

Si la muerte te sorprende con ese rencor en el alma, no te quepa la menor duda, ni te hagas ilusiones: descenderás al infierno para toda la eternidad. ¡Pobrecito que me escuchas!, en la tarde del Viernes Santo ¿no te decidirás a salvar tu alma perdonando *de corazón* a tu enemigo... volviendo a hacer las paces con tu familia destrozada?

—«Es que no lo merecen por la villanía de su ofensa».

¡Y qué más da que no lo merezcan! Lo merece Cristo y lo merece también la salvación de tu propia alma, que se pierde sin remedio si te obstinas en tu negativa de perdón.

Parábola maravillosa de Nuestro Señor Jesucristo, señores.

> El reino de los cielos es semejante a un rey que quiso tomar cuentas a sus siervos. Al comenzar a tomarlas se le presentó uno que le debía diez mil talentos (una fortuna colosal: más de sesenta millones de pesetas), pero como no tenía con qué pagar, mandó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y saldar la deuda. Entonces el siervo, cayendo de hinojos, dijo: Señor, dame espera y te lo pagaré todo. Compadecido el señor del siervo aquel le despidió, condenándole la deuda. En saliendo de allí, aquel

> siervo se encontro con uno de sus compañeros que le debía cien denarios (cien miserables pesetillas), y agarrándole le sofocaba diciéndole: Paga lo que debes. De hinojos le suplicaba su compañero, diciendo: Dame espera y te pagaré. Pero él se negó, y le hizo encerrar en la prisión hasta que pagara la deuda. Viendo esto sus compañeros, les desagradó mucho, y fueron a contar a su señor todo lo que pasaba. Entonces hízole llamar el señor, y le dijo: Mal siervo, te condoné yo toda tu deuda, porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, de ley que tuvieses tú piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti? E irritado, le entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda. Así hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonare cada uno a su hermano de todo corazón».

Es Jesucristo, señores, la Verdad Eterna, quien pronunció esta parábola. ¿No quieres perdonar? ¡Pues te condenas!, no te hagas ilusiones: te vas al infierno para toda la eternidad. Te lo recuerda la primera palabra de Jesucristo en la cruz.

¿Dices que te han ofendido demasiado? Escúchame: ¿Han llegado a clavarte en una cruz? ¿Están chorreando sangre tus manos y tus pies? Pues cuando clavado en la cruz, cuando chorreando sangre sus manos y sus pies, cuando las burlas y las blasfemias, precisamente entonces es cuando Jesucristo Nuestro Señor decía con

inefable dulzura: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

No tienes excusa. Si después de este sublime ejemplo de Jesucristo compareces delante de Dios con ese odio, te pierdes para toda la eternidad. ¡Ten valor! No por él, si no quieres; no por ese enemigo tuyo, sino por Cristo, por amor al divino Crucificado, por compasión hacia tu pobre alma que se va a perder por toda la eternidad. En esta noche de Viernes Santo, al pie de un crucifijo, ten el valor de decir: ¡Señor, voy a perdonar con toda mi alma! Voy a tomar la iniciativa de ofrecer el perdón aunque yo sea el ofendido.

Y si tu enemigo no te quiere perdonar, tú ya has cumplido, ya has hecho de tu parte lo que Cristo te exige para darte su perdón. Pero dile de verdad a Cristo que quieres perdonar de todo corazón a tu enemigo, hoy a los pies de un crucifijo, en esta noche del Viernes Santo.

Y si no tienes el valor de llegar hasta el supremo heroísmo de Nuestro Señor Jesucristo pronunciando su fórmula, que no solamente perdona, que no solamente olvida, sino que incluso *excusa* al culpable, al menos pronuncia esta otra que es absolutamente indispensable para obtener la salvación eterna de tu alma: «¡Padre, perdónaslos aunque sepan lo que hacen!».

SEGUNDA PALABRA

«HOY ESTARAS CONMIGO EN EL PARAISO» (LUC. 23, 43)

Aún renosaba dulcemente en lo alto de la colina del Calvario el eco del perdón de Jesús cuando ocurrió otra escena de inmensa emoción y llena de fecundas enseñanzas para nuestra vida cristiana. Dice el Evangelio que a la derecha y a la izquierda de Jesucristo fueron crucificados dos ladrones. Dos facinerosos: el que luego resultó el buen ladrón, que era precisamente el que estaba a la derecha de Jesucristo, y el que resultó el mal ladrón, que era precisamente el que estaba a la izquierda del Señor.

Tal vez no les correspondía aquel día ser crucificados. Estaban condenados a muerte, pero seguramente hubieran sido ajusticiados después de los días solemnes de la Pascua de los judíos. Pero acaso para dar más brillantez al espectáculo de la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo fueron crucificados juntamente con Él, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Al principio quizá comenzaron a blasfemar los dos ladrones; así lo insinúan San Mateo y San Marcos. San Lucas parece dar a entender que solamente uno de ellos comenzó a blasfemar del Señor. Sea de ello lo que fuere, al menos el ladrón que tenía a la izquierda comenzó a increpar a Jesucirsto, repitiendo lo que estaba oyendo a

los escribas y fariseos, a los jefes de la Sinagoga: «¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros, y entonces creeremos en ti».

Jesucristo escuchó en silencio esas blasfemias. Estaba crucificado escasamente a dos metros de distancia. Acaso dirigió una suave mirada, llena de amor y misericordia hacia aquel desgraciado, volviendo la cabeza hacia la izquierda, y... calló. Tal vez —es muy probable— repitió, para él solo, la palabra de perdón que acababa de pronunciar; porque ya os he dicho antes que el Evangelio emplea la expresión *decía,* lo cual quiere decir que la iba repitiendo, la dijo muchas veces. Y acaso una de las veces, levantando sus ojos al cielo, dijo: «Padre, perdónale, porque no sabe lo que hace ni lo que dice».

En realidad, no tenía él toda la culpa. Lo estaba oyendo a sus jefes en aquellos mismos momentos. No tenía él toda la culpa. Siempre el inductor es más culpable que el ejecutor material de un crimen.

El otro ladrón, el colocado a la derecha, tal vez al principio comenzó a blasfemar también, como insinúan San Mateo y San Marcos; aunque San Lucas afirma que fue solamente el de la izquierda. Lo cierto es que al contemplar el heroismo sublime de Nuestro Señor Jesucristo, al escuchar el eco dulcísimo de su palabra de amor y de perdón, al ver de qué manera recibía aquella tempestad de insultos y de risotadas y blasfemias... con aquella paz y aquella mansedumbre, y aquella humildad tan profunda... y, sobre

todo, bajo el influjo de la gracia de Dios, que se iba insinuando poco a poco en su corazón para irlo reblandeciendo y en su inteligencia para iluminarla, se verificó en el buen ladrón una profunda transformación psicológica. Y de pronto, en medio de aquella espantosa tortura, devorado ya por la fiebre —a los ajusticiados les subía en seguida la temperatura a treinta y nueve o cuarenta grados—, haciendo un esfuerzo para volverse hacia su compañero y encontrándose con la mirada de Jesucristo en el centro, atravesó la cruz del Señor para poner sus ojos en su compañero, y le dijo: «¿Ni siquiera a la hora de la muerte temes a Dios?».

Se siente apóstol y quiere conquistar el alma de su compañero. Quiere también que arrodille su alma ante Cristo: «¿Ni siquiera a la hora de la muerte temes a Dios? Tú y yo estamos muy bien crucificados, porque hemos sido unos criminales, pero este que está en medio de los dos nada malo ha hecho, éste es inocente».

Confesión humilde de sus culpas. Se reconoce culpable: «Tú y yo somos criminales, estamos muy bien crucificados, pero éste es inocente».

¡Qué maravillas obra la gracia de Dios cuando cae de lleno sobre un corazón que no le pone obstáculos! ¡Dios mío! Y esto no es más que el preludio de una obra de arte, el pórtico de una maravillosa catedral.

Vamos a penetrar en el santuario. Sigamos escuchando al buen ladrón.

Acaba de hablar con su compañero. Ha querido enternecerle, ha querido comunicarle sus pro-

pios pensamientos; pero en la mirada llena de odio de aquel malvado, en su gesto torvo, en su manifiesta obstinación, comprendió que estaba perdiendo el tiempo. Y dirigiéndose a Nuestro Señor Jesucristo le dice sencillamente:

«Señor...».

¡Pobrecito ladrón!, estás delirando, no sabes lo que dices; cuarenta grados de fiebre, estás delirando. ¿*Señor* un ajusticiado desnudo, abandonado de todos, colgado de una cruz y escarnecido de la plebe y de los jefes? ¡Pobrecito, estás delirando, no sabes lo que dices!

Pero el ladrón continúa impertérrito:

«Acuérdate de mí...».

¡Qué soberana invocación! ¡Qué plegaria!: «Acuérdate de mí». No le pide un lugar en su reino, no le pide un trono; no cree merecerlo. El sabe que no lo merece: es un criminal. Simplemente le dice: «Acuérdate de mí». Un recuerdo nada más. ¡Qué bien había comprendido el Corazón de Cristo!, ¡qué de cosas le había revelado la gracia de Dios en unos instantes!, ¡qué maravilla de la gracia!

«Señor, acuérdate de mí». Imitando a los grandes santos, las disposiciones de las almas perfectísimas, que nunca piden a Dios nada concreto, sino que cumpla en ellas su divina voluntad. Alargando su mano de mendigo y pordiosero dice sencillamente: «Señor, acuérdate de mí».

Cuando Lázaro, el amigo íntimo de Jesucristo, estaba gravemente enfermo y sus hermanas envían un recado al divino Maestro ausente, y le dicen: «Señor, el que amas está enfermo», no le

dicen que vaya a curarle, no le dicen que vaya a hacer el milagro. Simplemente le dan la noticia con una confianza inmensa: «El que amas está enfermo». ¡Conocían a fondo el Corazón del divino Maestro! Si Él se entera que nuestro hermano está enfermo, Él le curará. ¡Con qué sencillez y confianza se lo dicen!

Sin embargo, esto no debe maravillarnos demasiado, porque las hermanas de Lázaro, Marta y María, conocían a fondo el Corazón del divino Maestro. Pero que un ladrón, cargado de crímenes monstruosos, a la hora de la muerte se inunde su alma de una claridad tan grande que de un salto se coloque en las disposiciones más perfectas de las almas santas, de los amigos íntimos de Jesús, y que le diga: «¡Señor, acuérdate de mí!», no te pido nada más que un recuerdo, todo lo demás corre por tu cuenta... ¡es sencillamente sublime!

Y todavía añade: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

A tu reino, fijaos bien. ¡Pobrecito! No cabe duda, está delirando, no sabe lo que dice: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Y no lo dice dudando: *si llegas* a tu reino; no dice eso, sino: *cuando llegues* a tu reino. Está seguro de que llegará; y está seguro de que su reino no es de este mundo, puesto que aquel ajusticiado que tiene a su izquierda ha de morir dentro de unos instantes. Sabe muy bien que su reino no es de este mundo. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Quién se lo ha revelado? ¡Qué maravilla de la gracia! Una inundación de luz en la inteligencia, una inunda-

ción de gracia en su corazón. Y en aquel instante —vuelvo a repetir— se planta de un salto en las disposiciones de las almas más pefectas, de los amigos íntimos de Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

Y Jesucristo, que no respondía a las blasfemias y a los insultos más que para perdonarlos; Jesucristo, que calló cuando el mal ladrón le estaba insultando; Jesucristo, desde lo alto de la cruz, contestó en el acto al buen ladrón y le contestó divinamente, a lo Dios. Le pedía un recuerdo y le dice: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Hoy mismo, esta misma tarde, antes de que el sol se ponga.

¡Señores! Estas palabras, según San Agustín, constituían un verdadero juramento. La palabra de Jesús se tenía que cumplir. El cielo y la tierra pasarán, pero las palabras del Hijo del hombre no pasarán jamás. Aquella misma tarde se cumplieron en el buen ladrón.

Santo Tomás de Aquino, príncipe de la teología católica, dice que aquella tarde comunicó Cristo al buen ladrón la visión beatífica. No tuvo que esperar en el limbo o seno de Abraham a que se realizara la redención del mundo, como los Patriarcas y Profetas del Antiguo Testamento; porque, como explica Santo Tomás, aquella misma tarde comunicó Cristo la visión beatífica a todos los justos del Antiguo Testamento que estaban esperando la redención.

«Hoy, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso». Y una vida de crímenes, una vida de excesos, una vida de pecados monstruosos, desem-

bocó en el cielo sin purgatorio alguno. Su humildad, su fervor, su arrepentimiento, su fe en el divino Maestro, los tormentos de la crucifixión, equivalieron a las pruebas purificadoras y aquella misma tarde ¡la visión beatífica!

Señores, ¿quién podrá explicar el amor y la misericordia de Jesucristo, Redentor de la humanidad? Basta decir: ¡perdón! para que en el acto se nos cierren las puertas del infierno y se nos abran de par en par las puertas de la gloria.

Señores: en la vida del gran apóstol medieval San Vicente Ferrer, se lee una anécdota verdaderamente conmovedora y emocionante: después de uno de aquellos sermones tan encendidos que brotaban de los labios del gran apóstol valenciano, se le acercó un pecador que llevaba muchos años sin confesarse. Se confesó con un arrepentimiento vivísimo. El santo estaba profundamente conmovido. Tan conmovido, que a pesar de que su penitente había llevado una vida tan desastrada, entregada de lleno a toda clase de crímenes y pecados, le puso una penitencia muy pequeña; porque gran teólogo como era San Vicente Ferrer, formado en los libros de Santo Tomás de Aquino, sabía que lo único que interesa en el momento de confesar un pecado es el arrepentimiento vivísimo, la profunda humildad con que le pedimos perdón a Dios. Y le vio tan arrepentido que le puso una muy ligera penitencia. Pero entonces aquel gran pecador, que esperaba una penitencia gravísima, porque creía que la merecía, al ver que le ponía una tan ligera e insignificante, se echó a llorar a los pies de San

Vicente Ferrer y le dijo: «¡No!, esa penitencia no la puedo aceptar. Tiene que ser mucho mayor, muchísimo mayor, como merecen mis pecados». Entonces San Vicente Ferrer, dándose cuenta de que el pobre pecador estaba mucho más arrepentido de lo que él pensaba, lejos de aumentarle la penitencia se la rebajó la mitad. Y fue tal el arrepentimiento, fue tal la emoción que se apoderó de aquel hombre al ver de qué manera tan benigna le acogía y abrazaba el ministro y representante de Jesucristo, fue tan profundo su dolor de contricción, que cayó muerto a los pies de San Vicente Ferrer. Y el gran santo, en visión intelectual, vio el alma de aquel pecador que entraba inmediatamente en el cielo sin pasar por el purgatorio. Se había cumplido también al pie de la letra la sublime palabra de Jesucristo: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso».

Señores, ¡qué maravillosa la segunda palabra de Jesucristo en la cruz! ¡Qué libro de meditación, qué de cosas nos dice!

Por de pronto, fijémonos en la escena.

Tres cruces en lo alto del Calvario: el inocente en el centro, el penitente a la derecha, el obstinado a la izquierda.

Tres cruces. Reflejo, símbolo de toda la humanidad caída, de todos los hombres sin excepción.

Todos tenemos que sufrir, todos tenemos que llevar una cruz: por las buenas o por las malas. Porque todos somos pecadores; y el dolor, la cruz, es el castigo del pecado. Os lo explicaré más detenidamente al comentar la cuarta palabra de Cristo en la cruz.

Todos somos pecadores, todos tenemos que sufrir, por las buenas o por las malas. ¡Qué poquitos pueden sufrir en plan de inocentes! Con inocencia total y perfecta, solamente Jesucristo Nuestro Señor y la Santísima Virgen Nuestra Señora, la Corredentora del mundo, la Reina y Soberana de los mártires. Ellos no tenían nada que sufrir por sus pecados personales, puesto que no tenían absolutamente ninguno; pero habían querido representar, voluntariamente, a todos los pecadores del mundo y tuvieron que padecer aquel espantoso martirio. Padecieron en plan de inocentes, para salvar al mundo entero.

Otros tienen que padecer en plan de penitentes. ¡Bendita penitencia! Aquella María Magdalena, mujer tan bella como depravada, pero que se hace después, por la penitencia, una santa de primera categoría. Aquel Padro que la noche del Jueves Santo negó tres veces al divino Maestro, pero que después se le formaron dos surcos en las mejillas de tanto llorar aquel pecado. Aquel Agustín, este Dimas el buen ladrón, y tantos y tantos pecadores...

San Pedro de Alcántara se apareció después de muerto a Santa Teresa de Jesús, que le había conocido en vida, y le dijo resplandeciente de luz: «¡Bendita penitencia que me ha granjeado una gloria tan grande!». Se lo dijo a Santa Teresa resplandeciente de luz.

Pero hay también la cruz de los obstinados. Tienen que sufrir también —es inevitable—, pero sufren en medio del paroxismo de su rabia y desesperación. Sufrirán, mal que les pese. porque

son pecadores y más pecadores que nadie, ya que pecan con protervia y obstinación. Tendrán que llevar la cruz. Con rabia y desesperación, con blasfemias e injurias contra el cielo. Lo que quieran, pero tendrán que llevar la cruz en este mundo y tendrán que descender después por toda la eternidad al infierno. ¡Qué terrible panorama!

Las tres cruces del Calvario: el inocente, el penitente y el obstinado satánico.

Todos tenemos que sufrir, señores, pero estamos a tiempo de escoger nuestra propia cruz.

No podremos escoger la cruz de la inocencia, pero a nuestra disposición está la cruz de la penitencia, que desemboca en el cielo.

Pero quiero detenerme en otro aspecto que desde el punto de vista teológico es más impresionante todavía que el que acabo de destacar.

Porque en esta segunda palabra de Jesucristo en la cruz se nos aclara el tremendo misterio de nuestra eterna predestinación.

Es dogma de fe católica: Dios quiere que todos los hombres se salven. Y lo quiere con esa seriedad que hay en la cara de Cristo crucificado. Si alguno dijere que Dios desea positivamente la condenación de un solo hombre predestinándole al infierno haga lo que haga, tanto si es bueno como si es maol, sepa que está diciendo una blasfemia, una verdadera herejía condenada por la Iglesia. Dios quiere que todos los hombres se salven. Y lo quiere, vuelvo a repetir, con esa seriedad que hay en la cara de Cristo crucificado.

¡Ah!, pero ha puesto en nuestras manos nuestra libertad. A todos los hombres del mundo, in-

cluso al último salvaje que no ha recibido la visita del misionero, ni ha oído hablar jamás de Jesucristo, le toca Dios el corazón, le ilumina la inteligencia y le da las gracias suficientes, *suficientísimas*, para salvarse si él quiere.

¡Pero tiene que querer!

Porque Dios Nuestro Señor ha puesto en nuestras manos nuestra propia libertad, y tiene un respeto terrible, verdaderamente imponente, a nuestra propia libertad. ¡Respeta nuestra libertad! No quiere nuestra salvación a empujones, no quiere llevarnos al cielo a la fuerza. Está dispuesto a recibirnos a todos con los brazos abiertos, tan abiertos que los tiene clavados en la cruz para recibir y acoger a todos los pecadores. Basta una sola palabra: «¡Perdóname, Señor!», para que nos perdone en el acto. Por Él no quedará. Dios quiere la salvación de todo el género humano, absolutamente de todos.

Pero quiere que queramos, quiere que cooperemos. Y si no pronunciamos esa palabra de arrepentimiento, rechazando con verdadero dolor de corazón nuestros propios pecados, estamos perdidos para toda la eternidad. Cristo lo sentirá mucho, mejor dicho lo sintió mucho cuando estaba clavado en la cruz. Te estuvo viendo, pecador, cómo te alejabas de Él protervo y obstinado. ¡Cómo lloraba, cómo pedía perdón por ti! Pero tropezaba con el decreto inexorable del Eterno Padre: el respeto a la libertad humana. Él que quiere salvarse se salva, pero el que se empeñe en condenarse se condena. Contra la voluntad de Dios, pero precisamente porque Dios ha deja-

do en nuestras manos el libre albedrío y tiene un respeto aterrador, terrible, a nuestra propia libertad. El que quiere salvarse se salva, pero el que se empeña en condenarse se condena.

¡Cuántos Gestas, cuántos Dimas en el mundo de hoy y a todo lo largo de los siglos de la Historia!

Cuántos Gestas que están oyendo, mejor dicho, que no están oyendo este sermón de las Siete Palabras; porque cuando esta noche han puesto la radio buscando música de baile, al ver que las emisoras españolas, que tienen un sentido católico tradicional, están trasmitiendo sermones o los Oficios litúrgicos de Semana Santa, han sincronizado con una radio extranjera y han organizado un baile y ríen a carcajada limpia. No están oyendo el sermón, pero aunque lo oyeran sería igual, porque tienen el corazón endurecido y sólo les serviría de motivo de burla y escarnio de los misterios más augustos de nuestra fe. ¡Qué carcajadas lanzarían! «¡Qué cosas dicen los cristianos!... ¡Dios!... Dios, si existiera, no se preocuparía de nosotros; pero es que además no existe, ni existe tampoco el infierno. Me río de todo eso!».

¡Desgraciado!, no sabes lo que dices. ¿Acaso porque lances tu carcajada volteriana dejará el infierno de existir? Si tú dices ¡no!, pero Dios dice ¡sí!, será ¡sí! para toda la eternidad.

—«Es que yo no creo».

—¡Y eso qué importa! Las cosas de Dios son como Dios ha querido que sean, no como se te antojen a ti. Vuelvo a repetírtelo, quiero que mis

palabras se te claven en el alma: si tú dices ¡no!, pero Dios dice ¡sí!, será ¡sí! para toda la eternidad.

Un alma grande, señores, un alma muy de Dios, que murió hace unos años en olor de santidad y cuyo proceso de beatificación ha sido ya incoado, dejó escrito en sus apuntes íntimos que Dios Nuestro Señor le hizo ver en repetidas ocasiones el infierno y oír el grito de horror que lanza un alma cuando cae para siempre en él. En el momento en que un alma se precipita en el infierno lanza un grito espantoso: «¡Maldición!... ¡Horror!... ¡Era verdad!... ¡Me equivoqué!... ¡Para siempre!...» Lo oyó muchas veces esa alma santa: está incoado su proceso de beatificación.

¿No lo crees? ¿Te ríes? ¡Pobre de ti! Esa carcajada sarcástica tendrá una resonancia trágica para toda la eternidad en el infierno. ¡Sigue ahora gozando, sigue ahora riendo! ¡Pobre de ti!... ¡La que te espera para toda la eternidad!... Eres Gestas, el protervo, el obstinado. Estás viendo en estos días tantos ejemplos salvadores, respiras el ambiente cristiano que te rodea por todas partes, oyes las campanas de las Iglesias, ves a la gente que sale de las funciones litúrgicas, contemplas las procesiones de Semana Santa, acaso has oído un fragmento del sermón... pero tienes el alma dura: eres Gestas, y te revuelves en medio de tu rabia y de tu desesperación contra ese Dios que te prohibe tantas cosas que tienes metidas en el alma: tantas pasiones, tantas injusticias, tantos atropellos..., ¡eres Gestas!y no te quieres someter. Has oído el perdón de Cristo,

sabes muy bien, como lo supo aquel infeliz, que basta una sola palabra de arrepentimiento para obtener plenísimamente el perdón de Jesucristo; y sin embargo, te vuelves enfurecido contra Él y rechazas su perdón y prefieres morir impenitente.

Es, señores, el misterio insondable de la libertad humana. ¡Cuántas cosas vio el mal ladrón desde lo alto de su cruz! Escuchó aquella palabra sublime de Nuestro Señor Jesucristo: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen». Vio de qué manera perdonaba a su compañero toda una vida de crímenes ante una sola expresión de dolor. Un poquito más tarde vio cómo saltaba la roca del Calvario, en medio de aquel espantoso terremoto. Vio las tinieblas, y de qué manera se golpeaba el corazón el Centurión: «¡Verdaderamente Este era el Hijo de Dios!»; y a pesar de todo ello permanece obstinado y rebelde. ¡Es el misterio insondable, señores, de la libertad humana, luchando, forcejeando contra la misericordia de Dios! ¡Cuántos Gestas se agitan todavía sobre el mundo de hoy!

Pero también —y esta es la contrapartida infinitamente consoladora— ¡cuántos Dimas, cuántos buenos ladrones que han sabido arrepentirse a tiempo! Después de tantas injusticias, después de haber robado tantas cosas, han sabido robar también a la infinita misericordia de Dios el cielo para toda la eternidad.

¡Cuántos Dimas a través de la Historia, cuántos pecadores que se han vuelto a Dios y han encontrado a la vez la alegría en su corazón! En mi vida de misionero ¡cuántas veces se me han

acercado los pecadores después de una misión: «¡Padre, padre, qué alegría, qué felicidad!», y me han bañado con sus lágrimas mis manos consagradas de sacerdote de Cristo al encontrar el perdón de Dios. ¡Qué alegría se apodera de ellos! ¡Cuántos Dimas, cuántos buenos ladrones que volvían a la casa del Padre, cuántos arrepentidos!

Tú, pobre pecador que me escuchas, tú podrías ser también uno de ellos.

—«Pero, Padre, yo he pecado demasiado. ¡Tengo la conciencia cargada con tantos crímenes! ¡He pisoteado todos los mandamientos de la Ley de Dios!».

¡Calla! ¡Cállate, que el pecado más grave que has cometido en toda tu vida es precisamente este que estás cometiendo en estos momentos al decir: «Soy demasiado pecador; Dios ya no me puede perdonar». ¡Calla!, que ese es el más grave de todos los pecados que se pueden cometer.

Oyeme bien: tú, el que has sido un criminal, el que has pisoteado todos los mandamientos de la Ley de Dios, sin dejarte uno solo por activa y por pasiva, y con circunstancias agravantes de verdadero refinamiento; tú que llevas tantos años de crimen y de pecado, óyeme bien. Si te decides a volver a Dios no tendrás que emprender una larga caminata: basta un sollozo inmenso que estalle en tu corazón al decir ¡perdóname, Señor, perdóname! Basta eso. Al instante Cristo Nuestro Señor te perdonará: «Pronto, el vestido de boda como al hijo pródigo, arrancadle esos harapos, quitadle las alpargatas sucias, ponedle el

anillo en el dedo y matad el mejor ternero cebado que tengamos en nuestro establo; porque es preciso celebrar un gran banquete, ya que este pobre hijo mío estaba muerto y ha resucitado, le había perdido y le he vuelto a encontrar». ¡Tú puedes ser un santo en la Iglesia de Dios Nuestro Señor!

¡Ah, señores, cuándo comprenderemos el amor y la misericordia infinita de Dios! ¡Cuándo entenderemos el Corazón de Cristo, su infinita compasión y misericordia para con los pobres pecadores!

Señores: si Judas, aquel infame traidor que cometió el pecado más horrendo que registra la historia de la humanidad entregando con un beso de traición al Redentor del mundo; el pecador número uno de toda la humanidad, que a pesar de convivir tanto tiempo con Él no llegó a comprender el Corazón del divino Maestro; si Judas, digo, se hubiera arrepentido de su pecado y se presenta en la colina del Calvario, y cayendo de rodillas delante de la cruz de Cristo lanza este grito desgarrador: «¡Perdoname, Señor!», Jesucristo no hubiera pronunciado en la cruz siete pabras, sino ocho. Y la octava palabra, la que hubiese pronunciado sobre Judas el traidor, hubiera sido ésta: «Tú serás columna de mi Iglesia, al lado de Pedro y de Juan». Y hoy veneraríamos en nuestros altares al Apóstol San Judas, el que entregó a Nuestro Señor.

¡Pecador que me escuchas! Estás a tiempo todavía, ¡estás a tiempo todavía! Aunque tengas la conciencia cargada con todos los crímenes ima-

ginables, si le dices de verdad a Jesucristo: «Señor, perdóname», Cristo te dirá: «Hoy, hoy mismo, al caer de la tarde, al atardecer de tu vida —porque dice la Sagrada Escritura, señores, que mil años son ante Dios como el día de ayer que ya pasó, ¡como un solo día mil años!, de manera que los setenta u ochenta que tenemos que vivir en este mundo son como unos instantes—, hoy, hoy mismo, al atardecer de tu vida, estarás conmigo en el paraíso».

TERCERA PALABRA

«MUJER, AHI TIENES A TU HIJO..., AHI TIENES A TU MADRE» (JN. 19, 26-27)

No es una escena sentimental inventada por algún poeta cristiano para conmover a los hombres. No se trata del guión cinematográfico de una terrible tragedia. Lo dice expresamente el Evangelio: «Stabat iuxta crucem Iesu Mater eius»: «Estaba junto a la cruz de Jesús, su Madre». Lo dice expresamente el Evangelio.

¡Pobrecita! Lo ha contemplado todo. Ha visto cómo desnudaban a su divino Hijo. Ha sentido en su carne virginal el dolor profundo del divino Mártir cuando le taladraban las manos y los pies para coserlos al madero de la cruz. Ha escuchado su primera y segunda palabras llenas de perdón, de amor y de misericordia. Ve que se está muriendo de sed en medio de espantosos tormentos.

Cuando matan a un corderuelo, apartan a la pobre ovejita para que no lo contemple. María tiene que estar allí. ¡Tiene que estar allí! Estaba predestinado por Dios.

¡Qué maravillosa antítesis o paralelismo antitético: Adán-Eva, Cristo-María! Adán nos perdió a todos con la complicidad de Eva. Cristo nos salvó a todos, iba a decir, con la complicidad de la Santísima Virgen María. Tenía que ser la Corredentora de la humanidad y lo fue. Por eso permaneció de pie en lo alto de la colina del Calvario, junto a la cruz de Jesús. Martirio inefable. Absolutamente indescriptible.

¡Pobrecita! ¡¡Cómo hubiera querido abrazarse a la cruz, para socorrer a su divino Hijo! Pero la apartaron brutalmente. No la dejaron acercar.

En nuestro Museo del Prado hay un cuadro magnífico que representa a San Bernardo indeciso, vacilante. No sabe qué hacer. Tiene delante un gran Crucifijo y a la Virgen Santísima de los Dolores contemplándole. El artista ha sabido recoger genialmente el instante en que San Bernardo no sabe donde mirar, si a Cristo o a la Virgen, a la Virgen o a Cristo.

Son dos estrofas de una única sinfonía. Son dos episodios de un mismo drama, del drama redentor. La Santísima Virgen María, la Corredentora de la humanidad, contemplando el martirio inefable de Nuestro Señor, mezclando las lágrimas virginales de sus ojos purísimos a las gotas de sangre que iban corriendo desde lo alto de la cruz. Son dos aspectos de un mismo y gigantesco drama.

La Virgen María es nuestra Corredentora. Nos salvó juntamente con Nuestro Señor Jesucristo. Pero ¡a precio de qué dolor!

El martirio de la Santísima Virgen María es incomparablemente más trágico que el sacrificio que se le pidió al Patriarca Abraham cuando Dios le ordenó inmolar a su hijo Isaac. Porque el Patriarca Abraham era el padre, no la madre; y porque el sacrificio que se le pidió fue solamente intencional: no llegó a consumarse. En el Calvario no es el padre, sino la Madre, y el sacrificio se está consumando trágicamente. Y no de un golpe, sino gota a gota. ¡Maltirio inefable! «Oh, vosotros los que cruzáis por los caminos de la vida, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor».

No pudo abrazarse a la cruz de Jesús. Estaba prohibido terminantemente acercarse a la cruz de los ajusticiados, y la soldadesca seguramente apartaría con un gesto brutal a la Santísima Virgen si en algún momento quiso intentarlo. Pero estaba cerquita, y Jesús podía diirgirle la palabra sin levantar demasiado la voz.

Imaginemos la escena, señores. Sería mejor que callásemos, que rompiésemos a llorar, que nos pusiéramos de rodillas... Pero yo tengo que reproducir la escena en la forma que pueda, con mi palabra torpe y vacilante.

Jesús estaría contemplando desde lo alto de la cruz, a través de sus ojos cargados de sangre, a la Virgen María, imagen viviente del dolor en su máxima expresión. Allí estaba la Corredentora del mundo. ¡Cómo se aumentarían los dolores